

EL CUENTO Y LA HISTORIA

(ENCICLOPEDIA DEL HOGAR)

Publicación económica, moral é instructiva

Treinta y dos páginas de
amena y variada lectura

DIEZ CENTIMOS



Esta importante Enciclopedia, cuya lectura es *para todos*, pues todos en ella encontrarán enseñanzas y consejos necesarios para la vida en sus diferentes aspectos, puede adquirirse en todas las librerías, kioscos de periódicos, y por medio de nuestros corresponsales de España y América, quienes la entregan á domicilio.

Dedicando *diez céntimos* para *El Cuento y La Historia* se consigue amena lectura durante la semana, y la formación de una buena biblioteca con las obras que se reparten junto con la publicación. Anotamos á continuación algunas de ellas.

Un Corpus de Sangre ó Los Fueros de Cataluña
El Pendón de Santa Eulalia.

Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa.

Las Escuadras de Cataluña.

Historia Universal por Cesar Cantú.

El Siglo de la Anarquía

Historia de las Comunidades de Castilla.

Historia de las Germanías de Valencia.

Historia de los Justiciazgos de Aragón.

Héroes y grandezas de España.

Viaje por Icaria.

Del Claustro al Patíbulo.

Las Maravillas del Mundo.

Obras de Julio Verne.

Obras de Agricultura, Artes y Oficios.

Obras de Religión, Medicina y Filosofía

En los próximos números continuaremos publicando,

**Las Escuadras de Cataluña,
Un Corpus de sangre
y Las Persecuciones Políticas y Religiosas**

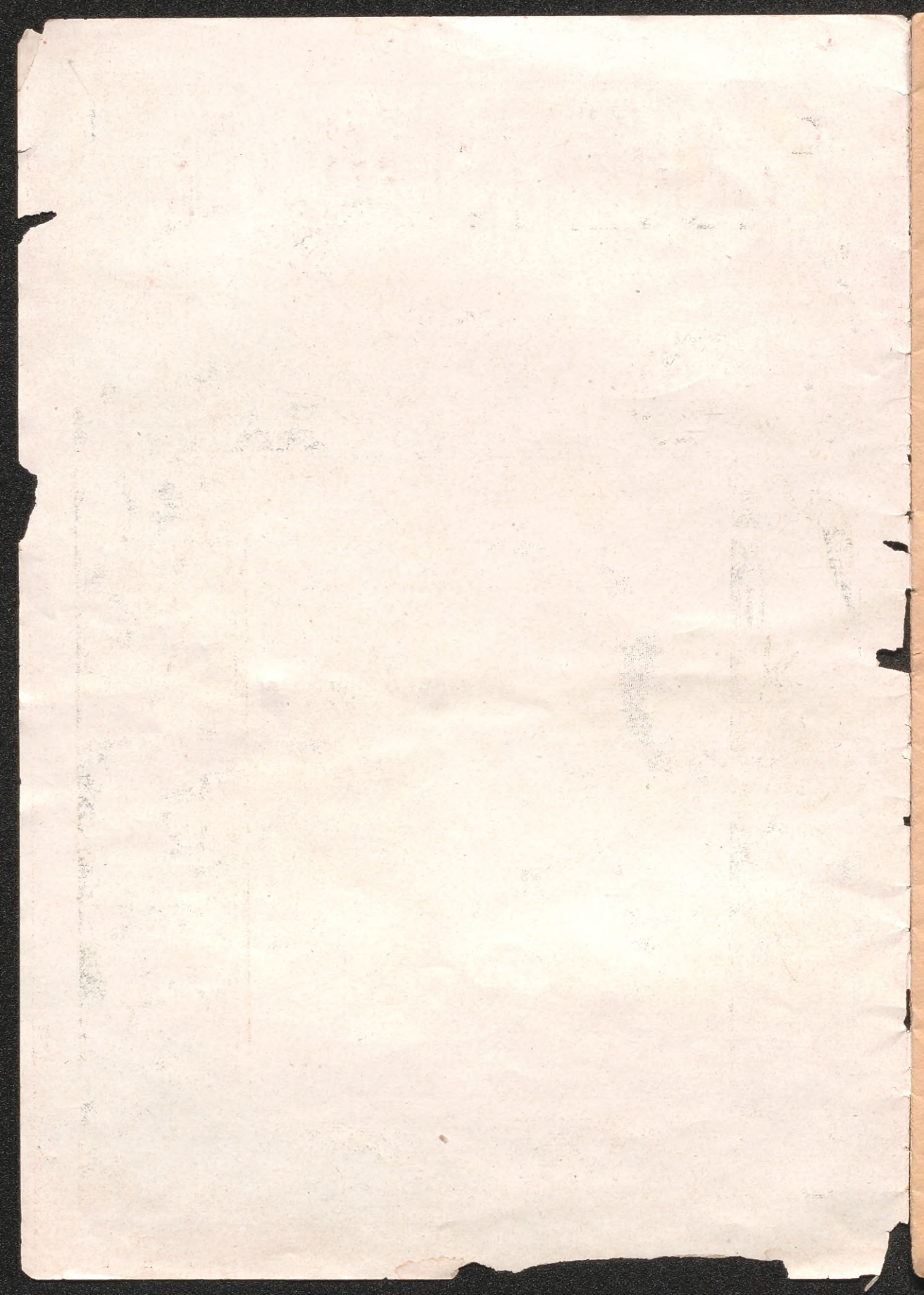
La correspondencia debe dirigirse á Don VALENTÍN ACHA administrador
Calle de Córcega, n.º 238. — BARCELONA

EL CUENTO Y LA HISTORIA



Córcega, 238-BARCELONA

N.º 1



Marzo de Octubre 1908



EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238
BARCELONA

AÑO I

N.º 1

INDICE

La virgen Blanca.-
El Alcalde de Veli-
lla.-Memorias de
un naufrago.- El
soldado y las ra-
nas.-Últimos días
de Numancia.-Cul-
tura popular.

SUPLEMENTO

Un Corpus de san-
gre ó Los Fueros
de Cataluña.

La Virgen Blanca

(Leyenda Cántabra)

Besando al Can-
tábrico, en un
pueblecito peque-
ño como nacido
del mar, alzábase
un promontorio
rocoso en donde
las olas, chocando

con fuerza, se resolvían en capricho-
sas montañas de espuma.

Por las tardes, el sol poniente
doraba los grupos de rocas y esmal-
taba la espuma, presentándose á los
ojos del caminante una soberbia de-
coración que podia servir de fondo á
las mas armoniosas escenas y á los
cuadros más arrobadores, regalo de
la Naturaleza.

Muy cerca del promontorio vivía,
en una casita pobre rodeada de viñe-
dos y bosques, un guarda vías con su
mujer y su hijo, un rapazuelo de
pocos años llamado Gabrielito, tra-
vieso como ninguno y propenso á
dejarse dominar por gustos y hábitos
viciosos impropios de su edad. Pare-
cia un hombre pequeño, según se
expresaba y según se divertía los

días de fiesta, cuando su padre no le
quería á su lado para ayudarle, de-
jándole marchar hacia un baile del
pueblo, en donde, ensimismado, rien-
do maliciosamente, contemplaba co-
mo las parejas confidenciaban, casi
juntos los labios, mientras la música
acompañaba los diálogos insinuantes
con su ritmo variable y sus cadencias
alegres.

A Gabrielito le llamaban la aten-
ción las mujeres, pues cuando los
hombres iban tanto tras de ellas, de-
jando sus más precisas ocupaciones,
algo tendrían las condenadas...

Llamábale también la atención el
vino, y cuando no lo veían sus padres
y disponía de algunos cuartejos, es-
capábase para la taberna y en ella
bebía á su sabor, pirrándose por eso
que llamaba la gente *borrachera de
los domingos*...

Así subió Gabrielito, y al llegar á
los quince años, cuando comenzó á
cansarse de sus juegos de niño, acen-
tuáronse más los vicios que adquirie-
ra por el mal ejemplo y se sintió
paulatinamente dominado por una



debilidad irreparable, efecto de las embriagueces continuas, no contrastada, porque era ya tarde, por las saludables brisas marinas.

Sin embargo, aunque no hubiera jamás sentido Gabrielito la poesía que servía de escena á su existencia campesina, al caer de todas las tardes, desde muy pequeño, acudía junto al promontorio en donde se estrellaban las olas, para ver aparecer y desaparecer la imagen de la *Virgen blanca*, bautizada por los hombres del pueblo.

Al dar las olas en las rocas y alzarse en fantástica montaña, se confundían con una neblina que á la misma hora todos los días se formaba sobre la rompiente, dibujándose la figura de una mujer como envuelta por un sutil manto blanco.

Durante mucho tiempo fué esto

que llamóse al principio



aparición algo que preocupaba profundamente á la gente del pueblo. Mas, luego, como es natural, averiguóse la causa del misterio y dejó la gente de hablar de la *Virgen blanca*, quedándose sólo creyendo en ella, Gabrielito.

Y á esta aberración de la fantasía contribuían en alto grado los hábitos viciosos del muchacho, tanto que, á veces, cuando mejor la visión se mostraba sobre un mar revuelto y bajo un cielo liso y azul, la exaltación de aquél llegaba hasta el punto de hacerle revolcar por la arena poseído de un miedo inexplicable que cada tarde le ponía enfermo y cada tarde le llevaba á la playa.

Sus padres conocían que Gabrielito perdía en salud cada vez más, pero atareados en sus faenas, pensaban:

—Si está enfermo, que trabaje, pues... El campo no es la ciudad...—

Gabrielito, tras mucho ir á la playa, llegó á sentir hacia la *Virgen blanca* una atracción que le llegaba hasta lo más hondo del alma:

« Esta mujer—se decía — podrá be-

sarse... Y si uno se acerca á ella, ya querrá, ya, cubrirle con su manto blanco... Pues bruja no es, que las brujas persiguen y esta mujer se deja mirar sin revolverse airada...»

El miedo convirtiase en amor, pero en amor enfermizo, extraviado. Gabrielito estaba loco. El vino había acercado á la *Virgen blanca* su corazón...

Una tarde acercase el muchacho á la *visión* más de lo que acostumbraba. Quería decirle que se entregaba á ella, que era el blanco de sus ilusiones, el único consuelo de su vida. Hay poetas que se enamoran de una estrella... ¿No es posible, acaso, que un loco se enamore de una mujer hecha de nubes y espuma?

Las olas llegaban crecientes, alteradas. La *visión* aparecía esplendorosa y rutilante. Aquella vez las alas del manto se abrían y cerraban cual si el viento las moviese...

Gabrielito comenzó á trepar por las rocas, febril, prorrumpiendo en grandes exclamaciones, llamando á la *visión* que le abría los brazos... A momentos, permanecía parado, temiendo que en lugar de los brazos de la *virgen* se abriese el mar para tragarle...

Agarrado fuertemente, vigilaba por no resbalar, sin encontrar una mata de hierbas marinas para sostenerse, ni un conjunto de rocas quebradas convenientemente que le sir-

vieran de escalera. Todo era una masa llana, resbaladiza, por la que jugueteaba la espuma.

La *virgen blanca* se inclinó hacia adelante y Gabrielito le siguió. Iba á caérsele encima. ¿Sería para ahogarle? ¿Para llevarle consigo?

Púsose derecho el muchacho y levantó los brazos.

«Aquí me tienes — exclamó — para que me saques de esta tierra perdida y me lleves á la tuya, virgen de amor...»

Y abalanzándose hacia el mar, cayó pesadamente entre las olas... cuando la *virgen blanca* acababa de disiparse porque la furia del mar templaba y la neblina se disolvía por la proximidad de la noche.

La *visión* del Cantábrico era una *visión* crepuscular y se asustaba de la noche

Aquella misma tarde, mientras Gabrielito moría ahogado con las olas, sus padres que le estaban esperando murmuraban de él como quizás no lo hicieran muchos del pueblo:

—¡Arrastrao! —decían— Cada día comparece mas tarde... ¡Y dice que está enfermo! ¡Y el médico nos dice que le cuidemos! Eso son males de no trabajar... Si está enfermo que trabaje, pues... El campo no es la ciudad...

ARTURO MORI

El Alcalde de Velilla

Cuento baturro

Velilla de Ebro está de fiestas... El *señor* alcalde que aunque rudo y tosco en el decir, tiene dentro del pecho un corazón muy grande y á

nobleza *naide* le gana, ha logrado reducir al silencio y amortiguar los odios verdaderamente africanos de los dos bandos de mozos que de tiempo

inmemorial y de generación en generación, se han transmitido, ocasionando días de luto y de amargura á



El señor alcalde

muchas familias, pues han sido frecuentes las luchas sangrientas en las calles y todo el mundo recuerda en Velilla una memorable y trágica noche en que los dos bandos salieron á rondar por las calles desobedeciendo los prudentes y sanos consejos de las personas sensatas que, conociendo la indómita bravura de unos y otros, presumían con razón, que de encontrarse—y esto era más que seguro—saldrían á relucir los cuchillos, las navajas, las pistolas y los trabucos naranjeros...

Y los dos bandos se encontraron en la calle á media noche, cuando habían consumido en las bodegas que encontraron al paso, una cantidad de mosto más que regular, y el mosto había hecho sus acostumbrados efectos en aquellas naturalezas robustas, fuertes, vigorosas de muchachos de 20 años. Y la sangre les corría por las venas comunicándoles energías nuevas, siendo sobe-

rana absoluta de los rondadores la imaginación exaltada, que quería darse el gusto de ver á su dueño, mejor diré á su esclavo, erguirse fieramente cuchillo en mano, acometiendo furiosamente á uno cualquiera del bando contrario; por eso, por que era del bando contrario, y donde el uno cantaba una copla, no podía cantarla el otro si no conquistaba el derecho á navajazo limpio.

Y como digo, se encontraron los dos bandos de los mozos en una calleja cuando se disponían á entrar en ella los unos, mientras los otros caminaban también hacia el mismo sitio, en opuesta dirección.

Fué un momento aquel de indecisión en los unos y en los otros; pero ¿quién retrocedía?

Los dos bandos quedaronse inmóviles en sus respectivas posiciones por espacio de breves segundos, durante los cuales se forjaba la tormenta. Por fin, de uno de los bandos, del que entraba en la calleja, se separó un mozalbete, y rasgueando la guitarra que llevaba airosamente colgada, al compás de una jota *regüelveora*, cantó la siguiente copla, que era todo un pregón de guerra:

Esta noche hi de rondar,
haga claro ú haga oscuro,
y quió romper la vigüela
en las costillas de alguno.

En el bando opuesto cayó la coplita como anillo al dedo, y rápido, nervioso, con voz sonora, preñada de amenazas, otro mozagón por el estilo, soltó el siguiente cantar:

¿Quién es el majo que ha dicho
que quíe romper la vigüela?
Pus aura tiene ocasión,
que un chavalillo la lleva.

Y se armó una de tiros, cuchilladas y golpes, que pueden ustedes sonreirse de la batalla de Zama, de la del Salado y hasta del *paso de las*

Termópilas... Para paso el de aquella memorable noche de Velilla en la cual corrió la sangre con más abundancia por las calles que corre el Ebro por Zaragoza...

El alcalde se había propuesto que aquella noche no se repitiera en Velilla, y lo venía consiguiendo, atrayendo á unos y á otros por el camino de la persuasión, aunque de algún tiempo á esta parte comenzaban los chispazos á surgir de nuevo y las chispas amenazaban convertirse en un voraz incendio...

Era cabeza visible de los unos—pues la extinción de los bandos no se había podido conseguir ni se conseguirá nunca— *Cabezotas*, un muchacho robusto como la misma robuetez, de mediana estatura, nervudo y fornido, no muy grueso, pero sí muy bruto, tenaz para el trabajo, honrado y bravo como un toro.

Y era el *cacique* de los otros *Juanaco*, un molinero guapo y bien plan-



Juanaco y la Donisia.

tado, que lo mismo se cargaba una saca de harina al hombro como si fuera un papel de fumar, que tiraba

al barrón como nadie, que jugaba á la pelota ó que tocaba la guitarra. Y como bravo no había que ponerle ningún tilde...

Cabezotas tenía por novia la Sidora, una garrida moza, fresca como una rosa, limpia como la patena y más apetitosa que una perica en dulce; y *Juanaco* cortejaba con éxito á la Donisia, guapa chica, de *murillescas* formas, sonrosado cutis y una boca formada por unos labios rojos como la cereza que parecía hecha para besar únicamente...

Y era el caso que las dos guapas mozas no andaban en muy buenas relaciones, por dimes y diretes de muy poca monta; por fruslerías sin pizca de fundamento, y lo que el bueno del alcalde conseguía por un lado, imponiéndose con su autoridad y buenos consejos á *Juanaco* y *Cabezotas*, lo destruían las dos buenas mozas con sus respectivos amoríos, excitándoles su ya excesivo amor propio y poniéndoles á punto de caramelo. ¡Pues así que estaba el horno para bollos y la Magdalena para tafetanes!

El que alcalde, que tenía un ojo clínico excelente y mucha experiencia en estas cosas (como que de mozo había sido punto fuerte en la materia), llamó á capítulo á las dos mozas, y aunque usando formas no muy cortes y galantes tratándose del sexo bello, les hizo comprender que quería que las fiestas que se iban á celebrar en Velilla no se sellaran con sangre, y que si *Juanaco* y *Cabezotas* hacían alguna sonada, las cojía á las dos y las metía en la cárcel.

Indudablemente el bueno del alcalde dió pruebas de exquisito tacto y habilidosa diplomacia... No quiso llamar á los interesados, llamó á las *interesadas*, y en ello anduvo muy acertado...

Me inclino á creer que el sabio alcalde conocía á fondo aquello de:

Si tu mujer se empeña en que te tires por una ventana, busca una casa que no tenga ventanas...

Cuando las mozas hubieron salido de casa del alcalde, emprendieron juntas el camino de sus respectivas casas, y la Sidora encarándose con la Donisia, le dice de pronto:

—Escucha, Donisia, ¿por qué nos habrá llamau a nusotras el señor alcalde y no habrá llamau á los hombres?

—Que mi sió yo... Será custión de alguna alparcera que le habrá contaó algún cuento al alcalde.

—Eso de alparcera no lo dirás por mí, ¿eh?

—Pronto tas picau, Sidora. Pos mira, el que se pica, ajos come, y no te igo más por qué tengo prisa.

Y la Donisia con andar de reina se adelanta unos pasos y se mete en su casa despidiéndose de este modo insolente y brusco de la Sidora. El flechazo disparado á boca de jarro fué derecho como una bala y dió en el blanco...

La Sidora, antes de que su *amiga* haya tenido tiempo de cerrar tras sí la puerta, la detiene por el brazo, le lanza una mirada fiera cargada de misteriosos efluvios, y rápida, dando á sus frases todo el zumbón *retintín* que se aloja en el alma aragonesa cuando quiere mortificar á su enemigo, le endilga á la Donisia la siguiente cancioncica:

Si la envidia fuera tiña
y la tiña sarrampión,
¡cuántos tiñosos habría
en el reino de Aragón!

Dicho lo dicho, espera la Sidora, puesta en jarras la respuesta de la Donisia, y hubiéramos presenciado una *tragedia* con su acompañamiento de *arrancaduras* de moño, mordiscos, patadas y otros excesos, si en aquel momento no aparecieran providencialmente por el extremo de la calle

Juanaco y *Cabezotas* que llevan en medio al bueno del alcalde que se encontró á los muchachos en la plaza y aprovechó la feliz coyuntura para explicarles rápidamente todo un curso de moral práctica y responsabilidad penal.

Los tres se paran á contemplar el espectáculo, no exento de belleza, que ofrecen las dos bravías en actitud de despedazarse como dos hambrientas leonas.

—¿Lo estáis viendo, maños? Pus no hace media horica, que les hi predicaú paz y concordia entre los ruines... ¡y como si dijeras trucol... ¿Qué sus paice que debís hacer aura mesmo?...

—Estozolalas,—dice *Cabezotas*.

—Darles en la cocota,—exclama *Juanaco*.

—Queréis hacer lo que yo sus diga?

—No hay inconveniencia.

—Pus vamos allá.

Y el alcalde, encantado con la docilidad de los dos muchachos, los coje cariñosamente del brazo y los tres llegan en el crítico momento en que la Sidora y la Donisia se disponen á estropearse el cutis lastimosamente.

El alcalde coge á la Donisia por un brazo y la mete en su casa, y después coge por otro á la Sidora y le enseña imperiosamente el camino de la suya, que está más abajo de la calle. Las dos muchachas miran asombradas al alcalde y á sus respectivos novios sin explicarse aquel caso inusitado de mansedumbre en sus cortejos respectivos.

La Sidora interroga enérgicamente á *Cabezotas*, diciéndole:

—¿Pero tú ves esto y lo permites?

—¿Y á ti te paice esto rigular?—exclama la Donisia.

Juanaco completa la acción del alcalde, metiendo á su novia en el patio de la casa, diciéndole con una seriedad cómica:

—¡Tú á fregar, arreal!

Cabezotas, encarándose con la Sidora.

—Y tú á remendarle los baberos á tu hermanico, pa descansar á tu madre. ¡Hi dichol!

¡Asombro general! ¡Estupezfacción unánime! ¡Regocijo del alcalde como autor de la obra!

Aquello es estupendo, jamás se vió una cosa semejante. ¡Reducir á aquellas fieras! Pero la cosa era hecha; rindámonos á la evidencia de la realidad y entonemos un himno de alabanza al *super home* y *super alcalde* de Velilla del Ebro.

Con estos augurios de plácida quietud y de encantadora paz comienzan los festejos de Velilla sin temor alguno de que los mozos hagan alguna de las suyas. *Juanaco* y *Cabezotas* son los más amigos del mundo. ¡Cómo que se han abrazado públicamente! ¡Y cómo rabian la Sidora y la Donisia!

La plaza está de gente que rebosa... Con carros se han cerrado las bocacalles que á la plaza afluyen y se han construido tendidos provisionales con gruesos tablonos... Ni que decir tiene que van á correrse diez ó doce ó veinte toros, todos los que quiera la gente, pues el alcalde está que bota de puro satisfecho al ver conseguidos sus constantes anhelos de acabar con la amenaza perenne de riñas, escándalos y jaranas que durante luengos años fueron el pan de cada día en Velilla de Ebro...

Pisa la candente arena un morucho grande, con una cornamenta alarmante, y sale corriendo lanzando unos bufidos que encogen el corazón del más guapo... Los mozos se cobijan prudentemente en los carros, esperando que los señores toreros de invierno que han venido de la ciudad pa divertirl á la gente se las vean con el astado.

Pero estos toreros ven la cosa asaz mal parada y toread al morucho á una distancia de veinte metros lo menos.

El toro ha comprendido que es el dueño del cotarro y se para en los medios desafiando. De pronto y cuando menos lo espera nadie, *Juanaco* avanza gallardo desafiando al morlaco, que escarba la tierra furioso y se lanza como una flecha hacia *Juanaco*, que espera á pié firme la acometida.

Un grito de espanto sale de todas las gargantas, creyendo que el pobre *Juanaco* va á pagar con su vida la acción temeraria qua acaba de realizar. Pero *Juanaco* ha resistido bravamente la feroz acometida del bruto, agarrándose á las astas del toro y haciéndole inclinar la cerviz hasta la arena después de titánicos esfuerzos. Hecho lo cual, gallardamente le vuelve las espaldas y el pueblo le prodiga una ovación entusiasta y merecida.

La Donisia está radiante de alegría, la Sidora se muerde los puños de rabia.

El alcalde, con exelente acuerdo, manda retirar el toro al corral y en su lugar se corren vaquillas inofensivas. Esto contraría horriblemente al *Cabezotas*, que estaba ya meditando hacer alguna otra barbaridad por el estilo. No hay que decir los elogios que todo el mundo tributa á *Juanaco*.

—Pero, maño, ¿cómo has podido con el alifante aquel?—le preguntan.

Juanaco ha dado la respuesta satisfactoria.

—Toma, toma,—ha respondido.—Le cogí de los cuernos y li dicho: maño, á fuerza me ganarás, pero á bruto no.

Cabezotas pasa una noche agitadísima, no duerme, tiene en la cabeza metido el triunfo de *Juanaco* y está meditando realizar una hazaña que meta mucho ruido y eclipse á lo hecho por *Juanaco*, á quien no guarda

rencor... Pero *Cabezotas* no puede ser menos y hay que dar que hablar...

Por fin encuentra lo que buscaba á puro de dar vueltas á su magín y se duerme tranquilamente, esperando el día siguiente, en el cual se propone realizar la hazaña más grande que vieron los siglos.

Todo Velilla ha acudido temprano á la estación del ferrocarril, esperando al tren en el cual vienen muchos viajeros, como todos los años, á presenciar la partida de barrón que siempre es famosa en Velilla. Entra el mónstruo de hierro en agujas, y en este *histórico momento* se oyen horribles lamentos, ayes desgarradores y una enorme confusión se produce entre el público numeroso que aguarda el tren.

—¡Hay un cadavre!

—¡La escachuflau el tren!

—¡La maquina ha matau un cadavre!

La gente se agolpa á la vía, donde hay tendido un hombre, sobre el cual acaba de pasar todo el tren. Nadie se atreve á acercarse donde *yace el presunto cadáver*.

De pronto el muerto se levanta y comienza á andar tranquilamente. ¡Estupefacción general, colosal asombro! La gente abre paso, horrorizada, al *andante muerto*, que no es otro que *Cabezotas*, aunque no se le distinguen bien las facciones porque tiene la cara tiznada y semeja un próximo pariente de Pero Botéro.

Cabezotas mira sonriente al *pueblo soberano*, y dice con tranquilidad:

—¿Qué sus pasa que paicís defuntos?

—Maño, ¿no estás muerto?

—¡Pus no vis que hablo!...

—¡Ridiós! ¿Pus qué t'a pasau?

—Pus ná. Cuando hi visto venir el tren, me hi dicho, igo voy á poneme en la vía pa ver lo que me hace, y mi puesto, y ma pasau por encima y no ma hechò ná... Unas miajas de quemaduras en la cara y *riau cataplau*... Aura el que más haga que lo iga...

La Sidora se acerca toda orgullosa á su novio y mira á la Donisia como diciendo:

—¡Estamos en paz! hombrada por hombrada...

CARQUÉ DE LA PARRA

Memorias de un náufrago

Aventuras maravillosas de Arguin el marino

Nací en Córcega el 14 de Febrero de 1792.

Cuando tenía doce años de edad ingresé como grumete en la marina francesa, en donde permanecí hasta el mes de Julio del año 1816, en que ocurrió el célebre naufragio de la fragata *Medusa*, á bordo de la cual me encontraba en aquellos terribles momentos.

Desde entonces, pesa sobre mí, á manera de castigo, inmensa desgra-

cia; parece como si estuviera condeñado á naufragio eterno, como Ahasvero, el judío de la leyenda, lo está á caminar hasta la consumación de los siglos.

Cuantas embarcaciones me han acogido entre sus tripulantes, tarde ó temprano, se han sumergido en la profundidad de los mares, teniendo la suerte, empero, de salvarme de los naufragios.

Creo firmemente que el destino ha

conservado mi existencia para que no queden ignoradas las muchas escenas de horror que he presenciado; sin cumplir los juramentos y promesas que de los moribundos he recogido; los actos de salvajismo y canibalismo á que he asistido como actor unas veces y espectador otras.

Inútil ya para el servicio del mar, he dedicado los ratos de ocio á escribir estas Memorias, en las que he recopilado también la relación de otros naufragios á los cuales no he asistido como espectador, sin duda por no tener el don de la ubicuidad, no porque haya faltado al destino voluntad para ello.

Todo lo que escribo aquí es rigurosamente histórico.

Doy principio con el *Naufragio de la fragata Medusa*.

El día 16 de Junio de 1816 salimos del puerto de Richfort con rumbo al Senegal, conduciendo tropas para aquellas posesiones africanas.

El 1.º de Julio, nuestra tripulación se entregaba á festejar el paso del trópico, según es costumbre al doblar el cabo Bojador.

Presidía estas fiestas el comandante, á quien su estúpida ignorancia no dejaba comprender que durante aquellas tres horas que duraban los juegos caminábamos á nuestra perdición por una costa erizada de dificultades.

Algunos tripulantes que conocían los peligros, mostráronse inquietos, pero estas inquietudes no fueron tomadas en cuenta.

El día 2 de Julio se practicó un sondeo que anunció que sólo teníamos diez y ocho brazas de agua. El oficial de cuarto dió parte al comandante, quien ordenó ponerse al viento. Se amainaron las velas de babor, y se echó otra vez la sonda, que sólo dió seis brazas de agua.

Alarmado el capitán, ordenó cerrar el viento, pero ya era tarde.

Viró la fragata á barlovento, dió dos talonazos y se detuvo en un sitio en que solo había 5 metros 60 centímetros de agua en pleamar. Era la época de las grandes mareas y ya iba á bajar á la hora de ocurrir el siniestro, que eran las tres y cuarto de la tarde del día 4.

Dos días de maniobras para poner la fragata á flote, no dieron resultado y se celebró consejo para resolver el modo de salvar la tripulación. No siendo suficientes las seis embarcaciones de á bordo para cargar los 400 hombres, construiríamos una balsa para doscientos; depositando los víveres en la almadía, y á las horas de comer, los tripulantes de las canoas vendrían á racionarse; haríamos el desembarque en las arenosas costas del desierto, y allí formaríamos una caravana que se dirigiría á la isla de San Luis; este era el proyecto, que no llegó á realizarse, porque se acariaban esperanzas de poner á flote la fragata á la hora de la pleamar. ¡Vana esperanza! En la noche del 4 al 5, cubrióse el cielo de negros nubarrones, soplabla el viento con furia y la mar agitadaísima zarandeaba cada vez con más violencia á la desgraciada *Medusa*, que ya veíamos abrirse de un momento á otro, á fuerza de los repetidos talonazos.

Cundió el pánico entre los tripulantes, convencidos ya de que el buque estaba perdido. Rezaban los unos, maldecían los otros, y todos se preparaban á salvar la vida aun á trueque de arrebatar la del compañero.

A media noche se abrió, rompiéndose la quilla en dos partes; el timón se desmontó y pendiente de sus cadenas hacía el efecto de un ariete, que movido por las olas, golpeaba sin cesar la popa del navío. El agua empezaba á entrar de una manera espantosa en la cámara del capitán.

Los peligros empezaban por efecto del naufragio; pero eran mayores los que ofrecían los tripulantes, cuyas pasiones sublevadas por la desesperación que el sentimiento de conservación impone, empezaban á rugir, haciendo coro al bramar del oleaje.

A las once de la noche estalló una insurrección, suscitada por algunos soldados, que ocuparon el puente en ademán hostil; alguien les había dicho que querían abandonarlos, á merced de la suerte, mientras los jefes y demás tripulación se salvarían.

En medio de aquella infernal grittería, rómpese la amarra que sujeta la almadía á la fragata, y la confusión aumenta.

Al amanecer había tres metros de agua en la bodega, y las bombas eran incapaces de desalojarla; en vista de esto, se resolvió abandonar el barco inmediatamente.

Preparamos una almadía de veinte metros de longitud por siete de latitud, con los masteleros y las vergas gimelgas.

No sin gran trabajo dió principio la elevación del barco.

Doscientas veintiseis personas se colocaron entre las canoas y chalupas, y al intentar embarcar provisiones de víveres se hizo esta operación con tan mal acierto que cayeron al mar en gran cantidad ó quedaron en la abandonada fragata.

Aun quedaban en la embarcación unos sesenta hombres, cuando el comandante M. de Chaumareys, faltando á las leyes del honor, se embarcó en su canoa.

La almadía remolcada por las seis embarcaciones se alejó de la fragata á los gritos de *viva el Rey*, después de haber jurado los jefes de estas embarcaciones no abandonar la almadía: ó debían salvarse todos ó todos juntos perecer.

Tan sagrados juramentos bien

pronto se olvidaron. Estábamos en el momento de reflujo y éramos arrastrados mar adentro, pero las corrientes cambiarían dentro de algunas horas y entonces salvaríamos las doce leguas que distábamos de tierra firme.

De momento las canoas abandonan cruelmente á la almadía y resuena entre los náufragos el grito de *salvarse el que pueda*. Algunos valientes reanimaban el ánimo de sus compañeros y juraban vengarse de los tripulantes de las canoas, á quienes habían perdido de vista.

Ibamos los náufragos tan apretados unos contra otros que no podíamos movernos; algunos llevaban la mitad del cuerpo sumergido en el agua.

Viendo que la balsa se hundía con el peso de la carga, echamos al mar muchos barriles de harina, y cuando sentimos los efectos del hambre, sólo encontramos un saco de galleta hecha una masa; el hambre sería horrible é inevitable. Teníamos seis barricas de vino y dos de agua para beber.

No teníamos mapa, ni brújula, ni guía de ninguna clase.

Llegó la noche, que fué horrible: siempre que las olas elevaban un extremo de la almadía, caían los hombres unos sobre otros y se oían gritos de desesperación. Aquella noche cayeron al mar veinticinco hombres, y algunos tenían los pies cogidos entre las piezas de madera y el cuerpo hundido en el mar; así morían en la mayor desesperación y sin que nadie se cuidara de socorrerlos. Solo uno se salvó, gracias á los cuidados de sus dos hijos.

Por un momento se creyó que las canoas venían á unirse á nosotros, pero pronto nos convencimos de que no era así y un gran desaliento se apoderó de todos.

Llegó la noche siguiente cubierta por espesas nubes, que daban al cuadro un tinte de horror mayor que el que realmente ofrecía.

En la imposibilidad de mantenernos en los extremos, nos amontonamos en el centro de la balsa, y muchos hombres murieron sofocados.

Los soldados y algunos marineros al verse perdidos se pusieron á beber. Enardecidos, mejor dicho, completamente borrachos, gritaban que se les quería hacer traición y que deseaban morir todos juntos, lanzándose á destruir la almadía, cortando las amarras. Entonces ocurrió una escena por demás horrorosa. Los oficiales y pasajeros que conservaban serena

la razón se opusieron á ello, y trabóse un combate formidable con hachas, sables, bayonetas y cuchillos: la sangre corría entre las maderas. La luna apareció un momento y á su claridad pudimos apreciar tan espantosa escena. Yo partí la cabeza de un hachazo á un soldado que se dirigía á mí en actitud amenazadora.

Al amanecer observamos que había más de sesenta hombres muertos, de resultas de aquella lucha tan sangrienta: arrojamos los cadáveres al mar, y después notamos que durante el tumulto había ocurrido una gran desgracia, los revoltosos habían arrojado al mar dos barricas de vino y las dos únicas de agua que nos



Trabóse un formidable combate con hachas, sables, bayonetas y cuchillos.

quedaban. Solo teníamos dos barricas de vino para ser distribuidas entre sesenta hombres que habíamos sobrevivido.

En este día ocurrieron los primeros actos de canibalismo: algunos hambrientos se arrojaron sobre un

cadáver y lo devoraron, comiéndose crudos el corazón y los pulmones.

La noche pasó algo más tranquila, pero ocurrieron algunas pequeñas disputas, de las que resultaron doce muertos. Durante la tarde vimos pasar algunos peces, y entre los claros

de la balsa cojimos más de doscientos, hicimos fuego con un eslabón y yesca, prendimos fuego á los despojos de un tonel y allí asábamos los peces... y ¡horror! también la carne humana!...

Una nueva matanza ocurrió durante la siguiente noche.

Los españoles, italianos y negros, hasta entonces neutrales, habían formado un complot para arrojar al agua á todos sus compañeros: al día siguiente quedábamos aún treinta individuos vivos: de éstos algunos heridos, y muchos habían perdido la razón.

Celebróse un consejo y se resolvió arrojar al mar á todos los heridos y enfermos; de este modo teníamos asegurado vino para seis días.

La resolución fué tomada y encargáronse de cumplirla tres marineros y un soldado.

Yo aparté los ojos de aquel repugnante cuadro y lloré la suerte de aquellos infortunados, entre los que se encontraban la cantinera y su marido, herido él de un sablazo en la cabeza y ella con un muslo roto.

Lector, quien quiera que seas, te estremecerás al leer este relato, y en tu honrada conciencia sentirás sin duda el grito de la humanidad ultrajada, pero no olvides que la causa de tantos males fueron algunos malos franceses, traidores á sus compatriotas, desleales y malditos de Dios que nos pusieron en tan horrible situación, dejándonos abandonados mientras ellos poníanse á salvo en las canoas.

El día 17 amaneció despejado, y después de dirigir á Dios nuestras oraciones, un capitán de infantería anunció que en el horizonte se descubría un barco.

Por espacio de media hora vacilamos entre el temor y la esperanza; mientras unos creían que avanzaba,

otros y con razón, decían que se alejaba; así fué efectivamente.

Del extremo alborozo, pasamos al abatimiento más profundo, calmado un tanto, por el sueño que nos produjo el cansancio. Colocamos una vela á manera de tienda de campaña y nos acostamos todos debajo: allí fué donde concebí la idea de trazar en una tabla con lapiz un compendio de nuestras aventuras, anotar nuestros nombres al pie de ellas y fijarla en la parte superior del mástil con la esperanza de que llegara á conocimiento del gobierno y á nuestras familias, después de sepultados nosotros en el abismo.

Un artillero de la fragata había salido de la tienda, y al poco rato entró dando gritos «*¡En salvo! ¡El brick! ¡Viva la Francia! ¡Animo compañeros! Allí viene el brick hacia nosotros, á velas desplegadas!*»

De momento creímos que aquellas exclamaciones eran producidas por un exceso de locura, tan frecuentes entre nosotros; después observamos que efectivamente el brick se aproximaba, y hasta los heridos se arrastraban por la balsa para gozarse en la vista de aquel buque, que venía á salvarnos la poca vida que nos quedaba.

Nos abrazamos todos con efusión, que tenía algo de locura, y llorando y riendo á la vez, hacíamos señales con pañuelos, trapos, ropas y cuanto pudiera llamar la atención. Algunos de rodillas daban gracias á Dios que nos volvía á la vida de manera tan milagrosa. Entretanto el barco salvador se nos venía encima, á más andar, hasta que se aproximó á nosotros, pudiendo reconocer al brick *Argos* que ostentaba en lo alto del mástil de mesana, el pabellón francés.

El *Argos* era nuestro compañero de expedición al Senegal, que había

salido en busca de los náufragos de la *Medusa*.

Bien pronto fuimos trasladados á bordo. Allí encontramos al teniente de la fragata y algunos otros náufragos recogidos por el brick.

Lloraban los tripulantes del *Argos* cuando nos presentamos á ellos. Fíjese el lector, á quince desgraciados casi desnudos, hambrientos, descarnados, curtidos, azotados por la inclemencia del cielo y del mar. De los quince, diez apenas podían moverse por estar sus miembros desprovistos de epidermis: los ojos hundidos y fieros, y la barba larga, y tendrá una pequeña idea del cuadro que presentábamos al ser recogidos por nuestros compañeros.

Con excelentes caldos y vinos se levantaron nuestras fuerzas casi perdidas.

¿Qué fué de las canoas que tan cruelmente abandonaron la almadía?

La del comandante de la *Medusa* llegó á San Luis, sin peligro alguno.

La chalupa llegó á la costa. Los pasajeros, muriéndose de sed, quisieron desembarcar: intentóse detenerlos, representándoles los peligros que habían de pasar en el desierto, por un arrenal de cien leguas, para llegar á San Luis.

Sesenta y tres se obstinaron en su resolución y sufrieron lo que no es decible.

Por fortuna, el brick *Argos* descubrió la caravana y les suministró provisiones. En el camino encontraron los náufragos una horda de moros que los despojaron hasta de la ropa puesta, y completamente desnudos, hubieron de llegar á San Luis.

Hasta el día 26 de Julio no se pensó en enviar un barco á la *Medusa*, á bordo de la cual, recordarán nuestros lectores, había quedado un grupo de hombres. La goleta encargada de esta misión, tuvo contrario el

viento, y no llegó al lugar del naufragio hasta cincuenta y dos días después del siniestro, no encontrando más que tres de los diez y siete infelices que no habían podido embarcarse en la chalupa.

Diez días antes, doce de ellos, viendo ya agotados los víveres, quisieron buscar su salvación en otra almadía que construyeron, se abandonaron en ella, á merced de las aguas y de Dios, pero todos perecieron. Dos de los otros restantes murieron luego, y los otros tres recogidos por la goleta, fueron transportados al Senegal.

¡Que no tenga perdón de Dios el comandante de la *Medusa*, M. Dureys de Chaumareys, causante de tanta desgracia!

Repuesto completamente de las dolencias que me ocasionaron los sufrimientos del naufragio, me dirigí á Baltimore, desde donde pretendo dirigirme á Santo Tomás.

Encontré una goleta, cuyo capitán era hombre poco social y grosero, ajusté con él el pasaje y mandé llevar á bordo mi equipaje.

El recuerdo de la *Medusa* no se apartaba de mi mente, y soñando con nuevos naufragios estaba, cuando descargaron en la puerta de mi casa un fuerte aldabonazo.

«La goleta ha levado anclas. El capitán me encarga os dé aviso de que vayáis á bordo inmediatamente, dijo un marino, y desapareció en seguida.

Ya me encuentro á bordo de la goleta, bien ajeno por cierto al peligro que me amenaza.

No tardarán mucho tiempo á desarrollarse en la inmensidad del Océano, escenas de terror que aumentarán el interés de mis memorias.

El soldado y las ranas

Episodio de la guerra de Africa

Embozados en sus mantas parduzcas, avanzan los escuchas con sigilo.

Son los soldados de Zamora, los de la 4.^a compañía, que se hallan de servicio en el reducto de Isabel II.

Apenas acaba la luz del día, se esconden los soldados entre la maleza que rodea el fuerte para vigilar durante la noche, y á favor del silencio, los movimientos de los moros.

En el campamento nótese gran algazara: el general O'Donnell ha permitido al ejército que celebre con júbilo la clásica Nochebuena, como lo hiciera otros años allá en aquel rincón de la patria querida.

Para muchos de aquellos valientes, los cantos de la Nochebuena de Africa son los últimos salidos de sus gargantas: ¡al día siguiente el alegre cantador habrá muerto! ¡Benditos sean los hijos que mueren en defensa de su madre! La batalla del 25 de Diciembre fué de las más encarnizadas que se libraron en aquella gloriosa campaña.

Los preparativos que los moros hicieron para tomar la ofensiva y la vigilancia que se observaba en las avanzadas españolas, indicaban la noche del 24 lo sangriento del choque preparado para el veinticinco.

En esta noche memorable ocurrió el episodio que vamos á trascribir, hecho histórico, de una sencillez encantadora en la que se revela uno de los múltiples aspectos del alma de nuestro pueblo.

Dejemos que lo describa á don Nicolás Estévez, testigo presencial, militar insigne y distinguido literato.

«En la acción del 25 de Diciembre,

quizá los moros nos hubieran sorprendido por la obscuridad de aquel amanecer desapacible y lluvioso, tal vez nos hubieran arrollado por la fuerza y el ímpetu con que nos acometieron sin la perspicacia de un soldado que previó el ataque desde la media noche.

Estábamos de trinchera en lo más avanzado en un ángulo saliente, sin el menor indicio de un ataque próximo, sin que se oyera el menor ruido, empapados por la lluvia de aquella inolvidable Nochebuena, cuando el soldado se me acercó y me dijo:

—Mi teniente, los moros...

Escuché, miré, reconocí... No había nada.

Media hora después me repitió:

—Ahí están, mi teniente; nos atacarán antes del día...

Vista la insistencia del soldado previne al capitán y este le interrogó:

—¿Por qué dice usted que están ahí?

—Por las ranas; oígalas usted, mi capitán; á ratos cantan en las charcas y se callan de repente; es que pasan moros.

En efecto iban llegando grupos que se concentraban para la embestida.

Un bachiller de los del servicio obligatorio—agrega el señor Estévez—tal vez se hubiera batido como aquel campesino malagueño, de apellido Truquillán, que murió peleando antes que saliera el sol; pero no habría advertido como él la presencia de los moros... Más tarde, en otras guerras, aprendí también de los soldados cien cosas que no sabía».

De hechos singularesísimos, análo-

gos al que narrado queda, con mayor ó menor relieve, pero siempre demostrativos de las virtudes que atesora nuestro pueblo, está sembrada la historia de nuestras guerras exteriores y de nuestras contiendas civiles.

¡Cuántos nombres como el del soldado Truquillán no podríamos citar, merecedores todos de que la patria perpetúe su memoria!

M. HERNANDO

Ultimos días de Numancia

(Tradición histórica)

Capítulo I

¡ALERTA NUMANTINOS!

..... En ígneas letras,
Allá sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de Zaragoza
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Morirán astros, finirán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará al par del mundo su memoria.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

El débil resplandor del astro de la noche que aún no había llegado á su completo plenilunio, prestaba su escasa luz á una ciudad edificada en la parte superior de un monte á cuyos pies se desliza el Duero, cuyas aguas fertilizan los prados en donde se alimentan numerosos rebaños que constituyen la principal riqueza de los moradores de aquella comarca.

En las cercanías de la ciudad, el silencio de la noche sólo es interrumpido por el caer de las ramas que derriba el viento al soplar con intermitentes ráfagas, de los espesos bosques que la circundan, en donde, en revuelta confusión crecen el pino resinoso que embalsama el aire con sus salutíferos emanaciones, el sólido roble y la fuerte encina, cuya bellota es alimento muy principal de los pastores, que con frecuencia recorren aquellas espesuras que en los meses estivales prestan sombra á los ganados. Las márgenes del Duero tam-

co están desprovistas de arbolado, y en el valle formado por su tributario el Tera, crecen nogales, fresnos, castaños, alamos y chopos con prodigiosa abundancia, dando aquella región un aspecto agresta, no exento de fertilidad.

No todos los habitantes de la ciudad se entregan á un reposo tranquilo que restaure sus fuerzas, muchos velan; unos pensando el medio de conjurar los males que la amenazan; otros, vigilan sus muros y puertas, teniendo la honda preparada y la espada y la lanza al alcance de la mano. Sin miedo á que los centinelas nos corten el paso, penetremos en la ciudad; no encontraremos en ella grandes templos como se podían admirar en Thebas, Atenas, Roma, Cartago y las grandes ciudades que rendían culto al paganismo en sus diferentes formas. Es Numancia pueblo de origen celta y su religión ni edifica templos, ni mantiene sacerdotes: á semejanza

de ciertos pueblos de Oriente, adoraban á una divinidad no definida, á un Dios ignoto, y su culto no se encerraba dentro del estrecho recinto de un templo, cuyos muros parecen impedir que salga de él, sino que prestaban adoración, á su ideal, al aire libre, en medio de los bosques, llamados *lotos* á los que tenían por sagrados, y en ellos se reunía el pueblo en determinados días del año, para implorar la protección divina y celebrar sus fiestas.

Las murallas de Numancia no merecen este nombre; no hay torres que las flanqueen, son solo paredes de tierra apisonada de unos cuatro metros de altura por poco más de uno de

espesor y sin fosos que las protejan (1) las puertas que daban entrada á la población eran estrechas, de construcción semejante á las ciclopes, y para evitar toda sorpresa estaban protegidas por una pared interior, formando callejón con la muralla, por el cual era forzoso pasar, antes de tener franca entrada en las calles. En el centro de la población alzabase la ciudadela hecha con enormes sillares sin tallar, cuyas junturas dejaban huecos y salientes que permitían ser asaltada con facilidad; las paredes,

(1) Apiano dice que Numancia estaba cercada de murallas de tierra que carecían de valor militar; su recinto tenía 3000 pasos (unos 2500 metros).

(Continuad)

Cultura Popular

El cómo, cuándo y la razón de las cosas

El renombrado erudito, sabio, filósofo y gran rebuscador de cosas ocultas, Dr. D. V. Joaquín Bartús, dejó escritos una serie de estudios originalísimos, casi desconocidos, que responden perfectamente al subtítulo de esta sección y que, seleccionados, iremos en ella publicando.

Qué se entiende por Trivio y Cuadrivio?

Lo mismo que reunión de las ciencias y artes; especie de enciclopedia ó recopilación de conocimientos humanos.

En la edad media se había dividido la enseñanza de las escuelas en dos grandes secciones: á la primera de las cuales llamaron *Trivium* y á la segunda *Quadrivium*.

Estos nombres equivalían á decir las tres y las cuatro vías ó caminos por las que podían adquirirse todos los conocimientos, todas las materias que abrazaba la enseñanza que se daba en las escuelas durante aquella edad.

El *Trivio* comprendía la gramática, la dialéctica y la retórica; y el *Cuadrivio*, abrazaba la aritmética, la geometría, la astronomía y la música.

Los dos siguientes versos latinos reúnen todas las materias de que constaban el *Trivio* y el *Cuadrivio*, y de las cuales acabamos de hablar:

GRAMM. loquitur, DIA. verba docet, RHET. verba colorat.

MUS. canit, AR. numerat, GEO. ponderat, AST. colit astra.

Esta división de las ciencias y artes se encuentra ya en Boecio y en las instituciones que compuso Casiodoro para sus monjes, entre los siglos V y VI.

La reunión de estos siete conocimientos, que se llamaban *artes liberales*, formaban la universidad de la ciencia, y se consideraba entonces como el mayor esfuerzo del entendimiento humano poseer á la vez el *Trivium* y el *Quadrivium*.

El *Trivio*, que era la triple vía ó camino que conduce á la elocuencia, *quasi triplex via ad eloquentiam*, comprendía las artes que hoy llamaríamos letras humanas ó las humanidades, y el *Cuadrivio* abrazaba las ciencias puramente tales.

El sabio religioso inglés Salisbury supone que se llamaron artes liberales del griego *areté*, virtud, fundado en que ella, la virtud, hace á los hombres más capaces de conocer los caminos y las sendas que conducen á la sabiduría.

(Continuad)

